

LA PIEDRA DEL SOL.

ESTUDIO ARQUEOLOGICO POR ALFREDO CHAVERO.

(CONTINÚA.)

XXVIII

Hemos visto poco ántes, que el Sr. Troncoso indica la idea de que pudieran tener un comun origen los incas y los mexicanos. De tiempo atras me ha preocupado la cuestion, y ya habia observado desde el principio de este Estudio¹ que, de la misma manera que los nahoas, los incas habian seguido el curso de los tres astros sol, luna y estrella de la tarde, que respectivamente llamaban *Inti*, *Quilla* y *Chana*. Al hablar de la division del dia en períodos iguales, como si dijéramos horas, buscamos ya la relacion que pudiese haber con el calendario peruano;² y nos proponíamos, y proponemos aún, seguir las comparaciones cronológicas. Pero movida ya la cuestion, debemos estudiarla y examinar qué relaciones de raza existieron entre los dos pueblos más adelantados de la vieja civilizacion de este Continente.

Estudio es éste que nos lleva á otros previos y gravísimos, nada ménos que al del origen de las razas de América, y aún al de las razas humanas. Acaso mi teoria sea nueva y parezca atrevida: doyla tal como la he concebido, fruto de largas reflexiones, y sin pretender que sea la buena; como una arena más que aumenta las arenas de los mares, la dejo caer en el océano de ideas de la humanidad. En estas cuestiones la lógica suprema es la experiencia ayudada por las investigaciones científicas; y solamente viene como auxiliar la tradicion ó la leyenda, pues sabemos ya que no tiene más que un sentido alegórico nacido de la pobreza primitiva de las lenguas.³ Y no debemos admirarnos de que la mentira de la leyenda se encuentre confirmada en monumentos, inscripciones y jeroglíficos, pues es natural que conformen trayendo el mismo origen; y no siendo leyenda, monumento, inscripcion y jeroglífico, más que diversas manifestaciones alegóricas de una misma idea mal expresada por el lenguaje primitivo, y convertida en hecho tradicional por el trascurso de los siglos. Esta regla es invariable, porque la humanidad es la misma en todas partes, con iguales órganos, con las mismas pasiones, con semejantes recursos psicológicos, con aspiraciones idénticas, con un solo destino. Así, de la misma manera que algunos hechos bíblicos se encuentran apoyados en inscripciones asirias, la leyenda de *Totec* y *Quetzalcoatl* ha sido confirmada por un relieve de Tula de que hasta hoy no se habia dado noticia; sin que inscripcion y relieve prueben la verdad de la leyenda, sino únicamente que proceden del mismo origen, y que responden á la misma idea tradicional.⁴

1 Página 29.

2 Párrafo XI, al fin.

3 Véase Müller, *Mythologie comparée*.

4 Por primera vez he tenido noticia de este relieve de Tula, leyendo la importante conferencia que sobre

Ahora bien, la ciencia y las investigaciones experimentales nos han demostrado dos hechos muy importantes: la antigua union de los continentes, y la existencia del hombre en América desde la misma época en que se encuentran sus huellas en Europa. Ya he hablado extensamente de la existencia de la Atlántida, que nos unia al Viejo Continente; busquemos, pues, que mucho nos ha de importar en la cuestion que estamos tratando, si acaso estuvimos unidos por el lado de Occidente, pues así acabaremos de una vez con las absurdas hipótesis de inmigraciones por lo que hoy es estrecho de Behring, de viajes de cartagineses, de barcos extraviados é impelidos por la tempestad, de confusion de lenguas y separacion en el valle de Seenar, de tribus judías peregrinantes, y hasta de expediciones al país de Fou-Sang.¹ Un opúsculo muy importante nos viene á poner en la traza de tan interesante cuestion.² Marcou fija en él los siguientes hechos y entra en las consideraciones que voy á exponer. «La antigüedad del género *Homo*, dice, es un hecho demostrado: los últimos descubrimientos positivos hechos en California y cerca de Pont-Leroy en Francia, ya no dejan duda de la existencia del hombre en la época terciaria. Acaso se creará que ahí se encuentra la aurora de la hu-

los tolteca dijo en la Sorbona, el 22 de Marzo de este año, mi sabio amigo M. Ernesto Hamy, conservador del Museo de Etnografía de Paris. Presentando á su público las fotografías tomadas por M. Charnay en el viaje que le aconsejé que hiciera á Tula como base de sus subsecuentes expediciones, dice en la página 12: «Entremos ahora en la pesada. La media oscuridad que reina en este lugar, nos dañará algo en nuestras observaciones. Distinguiremos, sin embargo, desde luégo, incrustado en uno de los muros, un bajo-relieve de toba volcánica bastante bien trabajado, y cuyo atento exámen nos dará cuenta del grado de adelanto en la escultura entre los constructores de Tula, y nos hará conocer á un personaje cuyo nombre ya he pronunciado y que representa el primer papel en la historia y la mitología toltecas. Quiero hablar de Quetzalcoatl. —Este viejo barbado, que veis á la derecha de la fotografía proyectada en el trasparente, no es otro, en efecto, sino el civilizador divinizado más tarde, á quien la leyenda atribuye todas las doctrinas, todas las artes, todas las industrias que caracterizan el período tolteca. Es él quien aparece un dia misteriosamente, rodeado de algunos compañeros, en medio de pueblos todavía bárbaros, y les impone la idea monoteísta que forma el fondo de su doctrina, la supresion de los sacrificios humanos que es su manifestacion exterior más importante, el celibato de los sacerdotes, un monaquismo que recuerda mucho el de los budistas, etc. Es él quien trae á sus neófitos el culto del maíz, el arte del constructor, la fundicion de los metales, el tejido de ciertos lienzos, el trabajo de las piedras duras, las plumas, etc.—La leyenda primitiva lo representa con las facciones de un hombre barbado y feo, vestido de largo y flotante traje.—Bajo este aspecto se nos presenta en el bajo-relieve de Tula. Su cabeza, vista de frente, es incontestablemente fea, con sus grandes ojos redondos, su nariz gruesa tuberculosa y su barba larga y espesa. Su tocado y su vestido están bastante maltratados para que puedan reconocerse y describirse: y todo lo que se puede decir es, que parece que las plumas forman su principal adorno.—Frente á Quetzalcoatl se encuentra otro personaje que lleva una lanza con diversos adornos: es tal vez alguno de los *compañeros* militares que la leyenda atribuye al civilizador de los toltecas. Este guerrero, ó á lo ménos un guerrero semejante, figura en cierto número de monumentos de la antigua Tula. Vedlo, por ejemplo, visto de perfil, grabado sobre una placa de concha nácar. Y parece que es el mismo el que ha querido representar una escultura desgraciadamente muy maltratada, en una de las caras de este ángulo de roca, que M. Charnay ha ido á estampar á dos kilómetros de Tula, á pesar de inmensas dificultades.—En cuanto al viejo barbado, el Museo de Etnografía posee otras diversas reproducciones, una entre ellas muy notable, esculpida en *chalcinill*, es decir, en esta bella piedra de un verde tierno, vecina de la jadeíta, y que los toltecas llegaron á trabajar con rara perfeccion. El civilizador lleva en este pequeño monumento un bonete cónico plegado, unido á la frente por una ancha cinta adornada de botones gruesos, y que recuerda bastante el de los sacerdotes lamaítas. Este bonete que reproducen con variantes cierto número de imágenes posteriores de barro cocido, adorna no solamente la cabeza del dios Quetzalcoatl, sino tambien la del viejo cacique tolteca, cuya fotografía os presento, tomada del original de piedra regalado por el Ministerio de Marina al Museo del Trocadero.»

He querido citar integros estos párrafos del escritor más sábio de Europa, que de nuestras antigüedades se ocupa, por dos razones: la primera para que se vea cómo la leyenda extravia la historia aún en las manos más inteligentes, y la segunda para que se observe cuán naturalmente coinciden los monumentos con las tradiciones del mismo origen. Y he escogido á *Quetzalcoatl*, que tiene todos los atributos de los personajes

manidad. Para todo geólogo práctico, y para todo paleontologista que ha seguido la marcha de la ciencia desde hace sesenta años, los descubrimientos sobre la antigüedad del hombre están aún en su principio. El hombre terciario no es el primer capítulo, sino únicamente el penúltimo de su historia. No hay una sola razón de peso que pueda invocarse para sostener la opinión de que el hombre no existía en las épocas secundarias, y aún en las paleozoicas. . . . Un célebre naturalista inglés, el profesor Huxley, en el notable discurso anual, que pronunció el 18 de Febrero³ como presidente de la Sociedad geológica de Londres, parece inclinarse á una aparición simultánea en la tierra de todos los tipos primordiales de los seres, idea hace tiempo emitida y desarrollada por el decano de los geólogos franco-belgas, el venerable y sabio M. d'Omalins d'Halloy.»

Hablando después de la primitiva unión de los continentes, agrega: «en la época triásica, había una unión ó gran continente que se extendía del país de Gales á la Cafrería, á la Australia y á la Nueva Zelanda, y que habitaba una fauna completa con el hombre como principal de los seres. Ese hombre era negro. El hundimiento de una parte de las tierras firmes de ese continente separó la Nueva Zelanda, que desde entonces ya no quedó

bíblicos y de la India, hasta el de profeta; habiéndose cumplido sus predicciones con la venida de Cortés y sus soldados.

La personalidad de *Quetzalcoatl*, como he tenido ocasión de manifestar varias veces, ya en este Estudio ya en el Apéndice al P. Duran, fué el simbolismo de los adelantos de un pueblo. Muy común es ver en la antigüedad atribuidos á un solo hombre los adelantos de una nación. Así es como toda la civilización tolteca tomó forma en *Quetzalcoatl*; y si éste por ese nuevo carácter metamórfico vino á ser el civilizador de aquel pueblo, natural era que dicho pueblo apareciese en un estado salvaje para recibir de su caudillo la ciencia de la siembra del maíz, del pulimento de las piedras, de la fundición de los metales y de la construcción de templos y palacios. Al mismo tiempo este ser superior tenía que presentarse como el innovador de las costumbres y de la religión; y de ahí no hay ya inconveniente en llegar hasta atribuirle la supresión de los sacrificios, la innovación de los ritos, y hasta la predicación del monoteísmo. Un paso más, y se convierte al hombre en dios y al dios en estrella. Tal es el relato de M. Hamy, que repite elegantemente la antigua leyenda. No puede negarse que todo en él es lógico; pero desgraciadamente es falso: las cosas pasaron precisamente de opuesta manera. El culto á la estrella, hizo que del astro formaran los nahoas su dios *Quetzalcoatl*; del dios tomaban el nombre sus grandes sacerdotes, y uno de éstos fué el jefe de la teocracia que constituyó la época más gloriosa de Tollan, la cual se fundó con todos los adelantos que sus fundadores trajeron del imperio tlapalteca: no fué un pueblo salvaje que recibió de manos extrañas la civilización; nació con ella, y su desarrollo trajo como efecto bienhechor la teocracia de *Quetzalcoatl*, que no hizo más que seguir la senda trazada en su culto, sin que jamás en él se profesara el monoteísmo. La leyenda, que necesita precisar los acontecimientos para poder conservarse en la memoria de los hombres, sintetizó en *Quetzalcoatl* toda aquella grande época; y de allí nació la fábula que todavía en nuestra época vemos sobreponiéndose á la historia. Esto nos dá desde luego la siguiente regla: la leyenda no es un dato infalible, y sólo viene á ser importante cuando se explica su sentido alegórico.

Ahora bien, natural es que monumentos, inscripciones y jeroglíficos estén de acuerdo con la leyenda y no prueben más que ella. El bajo-relieve de que nos habla M. Hamy es una muestra de esto. Es, en efecto, *Quetzalcoatl* el hombre de la barba, aunque no son facciones suyas los ojos redondos y la gruesa nariz tuberculosa, pues pertenecen á la máscara sagrada. Así tuve yo un *Quetzalcoatl* sacado de los restos del dique construido en tiempo de Motecuhzoma 1.º El personaje armado con la lanza adornada es *Totec*; y el relieve representa la misma leyenda del código Vaticano de que ya nos hemos ocupado. De esta manera vemos que concuerdan la tradición nahoá, una pintura mexicana y un relieve tolteca; y aún podía agregar que igual pasaje se ve en los muros de Chichen-Itzá, ciudad perteneciente á la más antigua civilización maya. Y sin embargo, nada es más fácil de explicar, si se estudian las muy lejanas relaciones de aquellos pueblos, y se medita que esos diversos monumentos, jeroglíficos y pinturas, vienen de la misma leyenda tradicional.

1 Quien quiera conocer gran parte de estas suposiciones, puede entretenerse leyendo «El origen de los indios,» del P. García.

2 Les hommes dans l'Australasie par Jules Marcou.

3 (1871).

reunida, ni con la Europa, ni con el África meridional, ni aún con la Australia. Así ha quedado con su forma triásica y con su hombre triásico.—En cuanto á la Australia y la Tasmania, continuó su conexión con el continente áfrico-europeo durante los períodos jurásicos; pero sin traer sobre esta parte sumergida de nuestro planeta ninguna otra especie de hombres. El hombre blanco, el hombre rojo, el bronceado, los esquimales, etc., ocupaban otras superficies sumergidas que no conocemos aún, ó sobre las cuales por lo ménos, no tenemos nociones precisas ó admisibles.—Bajo el punto de vista geológico, el hombre negro de la Nueva Zelanda debe tener el mismo origen del de la Australia y el del África meridional.—Pero se me dirá: ¿qué sucedió con el hombre negro que segun esa teoría estaba en parte de la Europa en las épocas triásica y jurásica? Iló aquí lo que puede responderse. En una época que no puede determinarse todavía, pero que es ciertamente tan antigua como la llegada de los paquidermos y de los carnívoros á la cuenca de Paris, el hombre blanco ha venido á la Europa occidental y meridional, ha rechazado al hombre negro á las regiones tropicales, repulsion que llegó á ser definitiva en el período mioceno, cuando toda la fauna, de la cual se conserva parte en las capas de Pikermi en Grecia, emigró para ir á establecerse en el África meridional. El Sahara y los desiertos de la Etiopía vinieron á ser en aquella época una barrera natural é infranqueable, que ha protegido al hombre negro, á lo ménos hasta hoy, de la invasion y la guerra de exterminio que le ha hecho el hombre blanco.—Desde el fin de los tiempos triásicos hasta la época terciaria inferior ú ocenia, la Nueva Zelanda ha podido formar parte de un continente que se extendía en el hemisferio sur á la Patagonia, el Brasil y el Perú. Durante este largo período de los tiempos geológicos, hombres rojos de cabellos rubios, de esa especie de hombres americanos de cabellera rubia cuyos últimos representantes he visto entre los indios del pueblo Zuni en Nuevo México, y que son considerados como los últimos aztecas, han debido extenderse á la Nueva Zelanda, es decir, á la extremidad occidental de ese continente; y no siendo bastante fuertes ni bastante numerosos, no pudiendo destruir enteramente á los hombres negros, se habrán contentado con vivir á su lado.—Una inmersión ó hundimiento de este continente neozelandes-americano, ántes del período terciario, debe haber separado la Nueva Zelanda de la América del Sur; y ésta fué la causa de que quedasen hombres de cabellera rubia en algunas islas del grupo de Nueva Zelanda; y con ellos muchas plantas y animales americanos, que se unieron á la fauna y á la flora triásica neozelandesa. Todavía hoy muchas plantas de la flora neozelandesa, cerca de una sexta parte segun Hooker, se compone de especies idénticas á las de la América meridional.—Segun muchas probabilidades, el hombre rojo de cabellos negros y nariz aguileña se encontraba en el estado primordial ó aborigen en un continente que se extendía de la Nueva Guinea á la Nueva Caledonia, á las islas Marquesas, á California y á las praderas de Nebraska. Una dislocación é inmersión de gran parte de este continente debió fijar al hombre rojo y separarlo en muchas ramas que se han encontrado diseminadas en el Alto-Missouri, California, Nueva Guinea y Nueva Caledonia. Emigraciones muy posteriores lo condujeron á las islas volcánicas relativamente recientes de Hawái, O'Tahití, etc., y á las islas antiguas del grupo de la Nueva Zelanda, en donde el polinesio Maorí encontró al llegar al Papú ú hombre negro australiano, y al americano azteca de cabellera rubia.—De ahí nacen esas grandes semejanzas que llamaron la atención de las personas de la expedición del comodoro Wilkes, entre el polinesio ó Maorí y el hombre americano del valle del Missouri; semejanza que recientemente ha hecho notar más aún, ante la Sociedad geográfica, nuestro colega el geólogo viajero M.

Julio Garnier. Bajo este punto de vista, Maorí y Sioux vendrán del mismo origen, y su separacion será ménos antigua geológicamente hablando, que la del Papú y del negro de África.—Si admitimos estas consideraciones, tendremos que los continentes americanos han dado dos especies de hombres á la Nueva Zelanda, á saber: el hombre de cabellera rubia y el Maorí: el África unida á la Australia habrá dado el hombre negro; y en fin, el Cáucaso ó Europa oriental el hombre blanco. Si los colocamos por órden de aparicion, es decir de antigüedad, resulta que habia en la Nueva Zelanda el hombre negro en la época triásica y tal vez ántes, despues el hombre de cabellera rubia entre ese período y el terciario, el Maorí en el cuaternario y el moderno; y en fin en nuestros dias y hace apenas un siglo, el hombre blanco entra en escena. »

Yo no entraré en todas las cuestiones que entrañan los párrafos anteriores; para el punto que trato, inútil es remontarse á la discusion del monogenismo ó poligenismo, ménos al origen del hombre, ni siquiera á su aparicion terciaria ó secundaria. Quiero tomar las cosas tales como se nos presentan, sin recurrir á deducciones complicadas, y en la época que ya por la ciencia podemos llamar histórica. Resultan de aquí dos hechos ya incuestionables: la union primitiva de los continentes, y la existencia simultánea en ellos del hombre postterciario. De nuestra union oriental quedan huellas claras marcadas principalmente por las Antillas; de la union occidental, especialmente hácia el Sur, la marca es clarísima en las tierras de la Oceanía: esto nos basta para nuestro intento. El hombre postterciario, de la época de la marga, y contemporáneo de la fauna colosal en nuestro valle, tiene como prueba evidente el hueso labrado que se encontró en los trabajos del desagüe.¹ Partiendo de estos dos datos voy á exponer mi teoría. No usaré de razones poderosas, pero que podrían parecer transitorias ó comunes, como son las costumbres, los edificios, los cultos y las ceremonias religiosas: comprendo que siendo el hombre un género, y teniendo todas sus especies las mismas facultades, las mismas pasiones, los mismos órganos y las mismas tendencias, ha sido natural que aún sin comunicarse hayan llegado á los mismos resultados prácticos. Usaré sólo de dos argumentos que la ciencia y la experiencia nos demuestran que son persistentes: la raza y la forma del lenguaje.

Uno de los hechos innegables ya es la persistencia de la raza. Durante mucho tiempo los escritores viéndose en presencia de razas cuyas diferencias eran esenciales y no podían negar, queriendo referir toda la humanidad á la filiacion bíblica, inventaron no sé qué sistema de mezcla de razas cuando sostenían que no habia más que una, y no sé qué influencia poderosa del clima que hacia que en unas partes el hombre blanco se tornara negro, se le engruesaran los bellos y se le enrespara el cabello, mientras que en otras se ponía amarillo, los ojos se le abrian en las extremidades hácia arriba, y el cabello se le ponía duro y lacio. Si debiéramos admitir estas modificaciones del hombre, no sé por qué habríamos de desechar la teoría de Darwin: tan fácil seria convertir físicamente á un mono en negro como á un negro en blanco. Y todo por el empeño mezquino de querer reducir la humanidad en su origen á un solo par. Yo no lo discuto, me parece cuestion inútil; me limito á preguntar: puesto que estamos convencidos de que somos nosotros y nuestro planeta de lo más miserable de la creacion, y que ya no puede dudarse de que los otros mundos están habitados por seres sin disputa superiores á nosotros, ¿qué hacemos para que desciendan de nuestro par tradicional? No: el hombre ha aparecido en la tierra creado por un poder inmenso, y lo mismo pudo ser creado en una ó en varias razas que aparecieran simultánea ó sucesivamente; negarlo seria limitar esa omnipotencia.

¹ Véase el artículo del Sr. Bârcena. Tomo 2.º de los Anales del Museo, página 438.

Pues bien, la persistencia de la raza está demostrada por la experiencia y por la historia. El negro siempre ha sido y será negro: no es el clima de África el que lo hace negro; en clima y territorio diferentes y con los mismos siglos de antigüedad es negro el Papú. Los indios que viven en nuestras costas y en muchos lugares de América que tienen un clima igual al de África jamás se han tornado negros. Los blancos que hace muchos años viven en África, desde las conquistas de los españoles, siguen perteneciendo á su raza; y los negros que han venido esclavos á los Estados-Unidos han seguido teniendo descendencia negra, á pesar del clima y del trascurso de muchos años. En climas igualmente frios encontramos al hombre rojo en América, al amarillo en Asia y al blanco en Europa: no es el clima el que da el tipo de la raza, es ésta que se impone. Todavía más, como veremos adelante, el negro ha habitado climas distintos de los que hoy habita. Es tal la persistencia de la raza, que si se modifica por la mezcla con otra, y la mezcla no continúa, va volviendo sucesivamente á su tipo primitivo. Tenemos, pues, que admitir cuatro razas persistentes: la negra, la amarilla, la roja ó bronceada, y la blanca.

Pues bien, la misma persistencia encontramos en la forma del lenguaje: lenguas sin forma precisa, monosilábicas, aglutinantes y de flexion. Ya hemos visto que las lenguas, ni con el trascurso de los siglos, la civilizacion y la comunidad de trato y de intereses con otros pueblos, cambian su carácter. El chino, á pesar de ser el idioma del pueblo históricamente más antiguo, continúa siendo monosilábico. Y lengua hay como el turco, que ha perdido casi todas sus palabras primitivas, pero que conserva siempre su carácter gramatical.

Ateniéndonos, pues, únicamente á esta ley indisputable de la persistencia del carácter de la lengua y de la raza, dividiremos al hombre en cuatro grupos: el negro, el hombre monosilábico, el aglutinante y el de flexion, si se me permite que dé al individuo el calificativo de la lengua que habla. Ahora, haciendo abstraccion del origen primitivo, y ateniéndonos solamente á las épocas casi históricas, ¿las razas aparecieron simultáneamente? Mi idea es que su aparicion fué sucesiva. Primero se presentó el negro. Acaso el mayor calor que tenía la tierra fué propicio para una raza que vive en terrenos cálidos insoportables para las otras. Que fué la primera raza se prueba con esta ley de la historia: la raza expulsada es anterior á la raza conquistadora. Y se confirma esto con el exámen de las cualidades sociales de la raza, examinadas bajo la consideracion de la ley del progreso.

En efecto, esta ley que va aumentando el adelanto de la humanidad en razon directa del mayor tiempo de su existencia, trae como natural consecuencia el que la primera raza haya sido la que tuviese ménos aptitudes sociales. Y no hablo del negro hombre; como hombre, y lo hemos visto repetidas veces, es capaz de todo perfeccionamiento, pues tiene los mismos órganos y las mismas facultades que los demas hombres. Hablo de la raza. Sus aptitudes sociales son inferiores, y basta para demostrarlo el hecho de que jamas ha podido establecer nacionalidades importantes. Su lenguaje es imperfecto; sus creaciones teogénicas son mezquinas; ha sido arrojado por las otras razas y solamente la barrera del desierto la ha salvado; y en fin, desaparece al contacto de los otros hombres, lo que es ley de inferioridad en las razas. Esta prueba de su existencia anterior se confirma con el hecho de haber sido expulsada por los hombres que vinieron despues de ella.

Observamos actualmente que se refugia en el corazon del África; hemos visto que Marcou la supone lanzada de Europa; y de su primitiva existencia en Asia tenemos va-

rios datos. En primer lugar encontramos todavía hoy al hombre negro en la Australasia. Pues bien, en la misma India existen todavía pueblos que descienden de la raza negra, y que fueron de los primeros expulsados ó vencidos. «Los primeros que ocuparon el suelo de la India, dice Duncker,¹ pertenecían á una raza como la de Australia; siendo probable que esta última descendía de algunas tribus negras de la India, que huyendo de las invasiones se refugiaron en las islas del archipiélago malayo, desde donde pasaron al Continente despues de fundar en el camino algunas poblaciones. Sin embargo, estos pueblos primitivos, que podríamos llamar aborígenes, no desaparecieron completamente del suelo de la India por virtud de las invasiones. Quedaron y aún quedan numerosos restos en las montañas de la region central, miéntras que los de Australia caminan rápidamente á su completa extincion.» Nada más fácil que explicar segun las leyes de la historia, la existencia de la raza primitiva en las montañas centrales de la India: todo pueblo vencido encuentra su salvacion en las cordilleras, baluartes inexpugnables levantados por la misma naturaleza para abrigar y defender la libertad. Tenemos á la vista un ejemplo palpable: cuando la conquista de los españoles, los pueblos indígenas se remontaron, y todavía los que viven en las montañas conservan su carácter y cierta especie de autonomía. De los descendientes de la raza negra quedan aún en la India, los Glondos que recibieron de los pueblos que los invadieron ántes de los aryas, la religion dualista de Bura y Tori; los Kolas, que adoptaron el culto brahmánico; los bhilas, indudablemente de raza negra, y de los que quedan apénas algunas tribus, y los cuales tambien tomaron la religion dualista de los primeros invasores, aun cuando disfrazan á sus dioses con nombres indios, Mahadeva y Kali; los meras del monte Aravali, los chitas y los minas; y los paharias, cuyo tradicional vencimiento ha engendrado el nombre de *párias*. «Los restos de los pueblos indios de raza negra, agrega Duncker,² viven en las montañas de la region central, llamada Vindhya.» Los pueblos refugiados en las montañas centrales, los primeros expulsados y vencidos, fueron los más antiguos: la raza negra fué tambien la primitiva en Asia.

Pasemos á nuestro continente. Apénas quedan huellas en él del hombre negro, prueba de que su desaparicion fué en época muy lejana, y por lo mismo que aquí tambien fué la primera raza. Tenemos un jeroglífico que parece recordar la existencia de la raza negra: el del *Ehecatonatiuh* en el código Vaticano. Ya hemos dicho que representa la época glacial; y en esa pintura se ven unas monas que parece que huyen de la intemperie. El Sr. Orozco creía que pudieran referirse á una invasion de negros. Yo creo que más bien podrían relacionarse con su desaparicion. El enfriamiento repentino de cierta zona debió hacer emigrar á una raza constituida para vivir en lugares cálidos. Repetirémos simplemente la mencion de la cabeza gigantesca de Hueyápan, que representa de manera indiscutible á un negro, de la máscara de serpentina de mi coleccion en que están esculpidos con toda claridad los bellos y la nariz chata de un negro, y algunos ejemplares de cabecitas de Teotihuacan. Estas cabecitas, admirables muestras de la cerámica de los antiguos tiempos, tienen gran significacion en el punto que tratamos. Dice á este propósito el Sr. Orozco, hablando de los túmulos de Teotihuacan:³ «Llama la atencion que en las cajas cinerarias aparezca sólo el cráneo; le acompañan objetos preciosos para declarar el

¹ Historia de la antigüedad, tomo 3.º, página 9.

² Ibid., página 46.

³ Historia, tom. 2.º, pág. 359.

pertenecer á personas prominentes. El hecho pudiera explicar por qué en aquellas ruinas se encuentran con profusion unas cabecitas de barro, terminadas en un apéndice, destinadas á ser embutidas sobre algun objeto: acaso el cuerpo de los difuntos se entregaba á las llamas, conservando únicamente la cabeza como parte principal del hombre, y en las fosas se ponían las cabecitas *para conmemorar la raza de cada quien*. En efecto, examinadas, veráse que no están formadas ad libitum: á poco que se les compare se da con ejemplares idénticos, demostrando que los artifices *copiaban de personas existentes y determinadas*. Buscando en varias colecciones, en primer lugar encontramos ciertos tipos primitivos, acusados por la clase del barro, por el dibujo y la ejecucion. Sin asignarle orden crónico, que sólo puede darle el terreno de donde se sacan, sigue un tipo distinguible por las dos protuberancias de la frente, y la falta de pelo, como si aquellos individuos acostumbraran raparse. Con la cabeza tambien lisa, aunque con la frente ancha, ofrecen otros una forma redonda y bien proporcionada. Tienen estos figurines facciones semejantes, *la nariz abultada y chata, los labios salientes*, los ojos medio cerrados como si se retrataran personas muertas: por eso forma contraste un tipo remedo de un individuo vivo expresando alegría; quédanle en la boca y sobre un ojo restos del color rojo con que estaba pintado. Tambien rapados aparecen algunos; pero llevan tres adornos al medio y á los lados de la frente. Unos llevan el pelo con una especie de bandas, en forma piramidal, recogido en la parte superior por un lazo colgante á la izquierda: del mismo género son aquellos en que la moda aparece más exagerada. Obsérvase á veces dispuesto el pelo en figura de tejado, con un adorno sobrepuesto al rededor; tiene de muy singular el adorno sobre los ojos, que si de tiempos modernos fuera, lo compararíamos á grandes gafas, y no puede ser otra cosa que distintivo de dignidad ó de raza. El mismo distintivo se observa, si bien el ejemplar parece haber formado parte de una pipa, pues el tubo que tiene adherido no puede ser confundido con el del pito ó silbato. Tipo egipcio parece el de unos con una banda sobre la frente y las dos especies de alas laterales; están bien marcadas las orejas redondas comunes á varias de estas figuras. Distingue á no pocos la especie de turbante que les ciñe la cabeza, y los lienzos que bajando por la mejilla cierran debajo de la barba, remedando el tocado del pueblo judío en cierta época, ó el de algunas de las naciones asiáticas: casualidad será ésta, pero coadyuva á los indicios que hemos ido encontrando. Diverso tipo ofrece cortado el pelo entre las sienes, en una moda muy conocida en los tiempos históricos, usada todavía por algunas razas. Varios adornos recuerdan el tipo egipcio, si bien se hace preciso observar, que son fragmentos de dioses. A poco reflexionar se hará patente, que los modelos examinados pertenecen unos á tipos conocidos, mientras los otros son completamente extraños, se apartan totalmente de lo registrado en los tiempos históricos. Poco importa hayamos dicho que son semejantes á los judíos, á los asiáticos ó á los egipcios; no serán ellos en verdad; pero siempre queda plenamente demostrado, que fuera del período de las crónicas relatadas por las pinturas geroglíficas, hubo pueblos con trages desconocidos, *razas diversas de las de los tiempos modernos*, civilizaciones manifestadas por obras no puestas en práctica de tolteca, acolhua ó mexicanos.»

Esta observacion del Sr. Orozco sobre los tipos de Teotihuacan, y su creencia de que eran imágenes de los muertos, tienen altísima importancia, porque fué la ciudad sagrada antiquísima; emporio primero de la civilizacion primitiva, despues gran capital de los nonoalca representantes de la civilizacion del Sur, que la leyenda personificó en Xelhua; y despues lugar en que se encontró esa civilizacion con la del Norte, cuan-

do la conquista de los toltecas: de modo que Teotihuacan viene á ser la más importante llave de los secretos de nuestra historia. Yo sigo también la opinión del Sr. Orozco, de que esas cabezillas son verdaderas imágenes de los muertos: basta examinarlas. Debo advertir que para hacer su estudio, tomamos una precaución. Andan de mano en mano muchas falsificaciones que hacen los indios actuales de aquel pueblo, y que diariamente salen á vender á los pasajeros del ferrocarril de Veracruz. Esas cabezillas pueden servir para el estudio, porque son copias exactísimas de las verdaderas; pero nosotros quisimos hacerlo en figuras cuya autenticidad nos constase. Al efecto conseguí, que el Sr. D. Mariano Guerra Manzanares, Jefe Político entonces del Distrito de Otumba, fuese personalmente á Teotihuacan, é hiciese algunas excavaciones en los *teteles* ó túmulos. Me envió un gran número de cabezitas encontradas en ellos, de las que la mayor parte quedó en poder del Sr. Orozco. Pues bien, tienen tanto carácter, tal precisión de líneas, que cualquiera que tenga cierta costumbre de distinguir un original de una copia, comprende que son verdaderos retratos. Tengo una de un viejo con la cara arrugada, del tamaño de dos centímetros, de perfección tal, que hoy mismo no podría mejorarse. Pero esta hipótesis, aunque en mi concepto bastante probada, ha venido á confirmarse de clara manera con un hallazgo reciente. Parece que los indios siguieron su costumbre después de la Conquista, y en el pueblo de Xilotepec se encontró una cabezita de fraile, que de ahí me trajo como precioso obsequio el Sr. D. Tomás Enríquez, originario de ese pueblo y Prefecto aquí de la Escuela de Comercio y Administración. Es de un barro semejante á las de Teotihuacan, y tiene el mismo apéndice que tanto llamó la atención del Sr. Orozco. Es admirable la precisión de sus facciones y la ejecución de su barba: el Sr. Orozco y yo creímos desde luego, siendo un tipo indiscutible español, que es imagen ó retrato del fraile francisco que predicó el Evangelio á ese pueblo, fray Alonso Rengel, que vino con la segunda barcada el año 1529.² Por lo mismo podemos tomar como prueba de la existencia de las razas en nuestro territorio, los tipos respectivos de Teotihuacan.

No debemos poner en olvido la costumbre que tenían los sacerdotes de teñirse la cara con negro de *ulli*, lo que hacían á veces con el rostro y cuerpo de sus dioses, como si fuera una reminiscencia del culto primitivo, y de los hombres de quienes recibieron ese culto.

Pero toda cuestión termina desde el momento en que encontramos todavía hoy en nuestro Continente, restos de raza negra. A este efecto tomamos de la Historia del Sr. Orozco³ la siguiente cita de la obra *Antiquités américaines*, pág. 463: «M. Rafinesque es de parecer absoluto que *hay naciones negras primitivas de América*. Habiendo ofrecido la Sociedad de Geografía de París, dice, un premio para la mejor Memoria sobre el origen de los negros de Asia, le remití el año anterior dos trabajos; el uno trataba de los negros de Asia, donde demostré la afinidad de sus lenguas con las de los negros africanos y polinesios, así como con las de los indus y de los chinos: el otro relativo á las naciones negras establecidas ántes del descubrimiento de Colon, en el cual me propuse probar, así su existencia como las semejanzas de lenguaje con los negros de África y de Polinesia.—Para muchas personas es un hecho completamente nuevo la existencia de po-

1 Véase mi Apéndice al P. Duran.

2 Mendieta, Hist. Ecl. Ind., pág. 661.

3 Tom. 2.º, págs. 444 y 445.

blaciones negras americanas; para dar de ellas alguna idea, voy á enumerar brevemente las tribus que han dejado rastros evidentes en las dos Américas.—1.º Los antiguos *Caracoles* de Haití, representados como una nacion de bestias en los cantos históricos. V. Roman y Martyr.—2.º Los *Californams* de las islas Caribes, llamados tambien caribes, negros ó guaninis, raza negra de la familia caribe. V. Rochefort y Herrera.—3.º Los *Arguahos* de Cutara, mencionados como casi negros por García, en su obra sobre las Indias Occidentales.—4.º Los *Aroras*, negros de Baleigh ó *yaruras* de los españoles, de color negruzco ó pardo subido, existentes aún en las orillas del Orinoco: *sus vecinos les llaman monos*.—5.º *Chaymas* de la Guayana, negros oscuros como los hotentotes. V. M. de Humboldt.—6.º Los *Maujipas* y *Porcigis* de Nierhoff, los *Motayas* Knivet, etc., originarios del Brasil, negros pardos con los cabellos crespos. V. Vespucio y Pigafeta.—7.º Los *Nigrilas* de P. Martyr en el istmo del Darien, existentes aún en la provincia de Chou, con el nombre de *chuanas*, *gaunas* ó *chinos*. V. Molliou. Negros de tinte desagradable ó negros cobrizos.—8.º Los de Popayan nombrados *Manabis*, con la piel negruzca, las facciones y el pelo de los negros. V. Stevenson.—9.º Los *Guavas* y *Jaras* de Tagnzgalpa, cerca de Honduras, llamados hoy Zambos. V. Juarros, etc.—10. Los *Emlen* ó *Esteros* de la Nueva California, negros de color desagradable. V. Venegas, Langsdorf, etc.—11. Los indios negros encontrados por los españoles en la Luisiana. V. la invasion de Soto.—12. Los negros de ojos de luna (moon-eyed), y albinos, unos descubiertos en Panamá, los otros destruidos por los iroqueses. V. Bardon, etc.—Entre estas naciones la lengua *Yarura* tiene cincuenta por ciento de afinidad con la *Gauna*, cuarenta por ciento con el Ashanti ó el Fanty de Guinea, y casi treinta y tres por ciento con las lenguas de Fulah, Bornou y Congo en África. En Asia tiene una relacion de treinta y nueve por ciento con los negros Samang, y cuarenta por ciento con los de Andaman, así como con los de Australia y la Nueva Holanda.»

Inútil seria buscar más pruebas: el hombre negro existía en América, y los españoles encontraron en la época del descubrimiento de este Continente los restos de esa raza primitiva, desgarrada por las otras que con posterioridad vinieron á ocuparlo.¹ Pero se ve que eran restos nada más; porque las razas posteriores los habían destruido. Encontramos entónces, que la raza negra ha ocupado toda la tierra; y que fué la primitiva, lanzada de todas partes por las razas que llegaron despues; habiendo desaparecido completamente de Europa, refugiándose en Asia en las montañas centrales, arrinconándose en América en los lugares por donde no pasaban las inmigraciones ni se establecían las grandes ciudades, y encontrando abrigo nada más en las islas del Gran Océano, y en la calurosa Africa detras de la muralla de fuego del desierto.

¹ Herrera, Déc. 4, lib. 3, cap. 9.—Gomara, Historia, cap. 62.

XXIX

Al continuar el asunto que voy tratando, debo insistir en una indicacion que he hecho ya: no me ocupo ni me preocupa la cuestion del monogenismo ni de la existencia de una lengua primitiva. Inútil seria que se levantase una discusion como la que promovió el abate Hengesh en el Congreso de Americanistas de Luxemburgo;¹ me limito á decir como M. Peterken, Presidente de aquella respetable reunion, que me ocupo exclusivamente de la cuestion científica. Yo tomo á la humanidad ya desarrollada en diversas razas, sin que me importe que venga de un solo par ó de muchos; y considero las diversas clases de lenguas esencialmente diferentes, sin discutir si todas ellas trajeron origen de una primitiva. Para la resolucion de un problema hay que tomar los datos precisos, y descartar los supérfluos, que únicamente de embrollo pudieran servir.

Y aquí viene la oportunidad de contestar un cargo que nos hacen los americanistas europeos, que sin profundizar nuestras cosas, quieren ser mayor autoridad que nosotros en nuestra propia historia, y casi nos tienen por ignorantes de ella. Resúmese este cargo en las siguientes palabras del doctor Hyde Clarke:² «Una extraña ilusion se apodera en América de los descendientes de los colonos europeos; reputan grande y original todo lo americano, á pesar de que ellos mismos son extranjeros al país, y que no sostienen su existencia sino por medio de caballos, vacas y carneros importados por sus antepasados, y por medio del trigo que éstos sembraron los primeros. Se puede excusar esta aberracion, cuando la tiene un español que por la sangre y la lengua se ha convertido en peruano; pero no cuando la tiene un habitante de Nueva-Inglaterra ó de Virginia, que no posee en sus venas sangre india, ó á lo más circula en ellas una gota, y cuando la poblacion de esos países, en lugar de unirse con los indios por el matrimonio, los ha obligado á ir á perecer en los desiertos. Y sin embargo, es tal la ilusion de todo hombre nacido en América, que ve algo de exclusivamente americano en la sangre y la lengua de los indios. Además, este sistema comienza á propagarse en Europa. El puma, la llama, el condor y la serpiente de cascabel pertenecen en propiedad á la fauna del mundo occidental, las maderas de construccion difieren de las nuestras; ¿pues por qué los hombres no han de ser tambien diferentes y de otra extraccion?—Se ha afirmado generalmente que todos los indios se parecen, cualquiera que sea la distancia que los separe; y que existe una gramática americana que se reconoce en todas sus lenguas, cualquiera que sea la diferencia de sus radicales; y hay que advertir que en América se cuentan mil lenguas absolutamente ininteligibles de tribu á tribu, y que muchas de ellas no se hablan sino por un corto número de individuos en espacios muy limitados. Hay que buscar estos hechos en los períodos de desarrollo gramatical, es decir, en los límites de la prehistoria, y no en los de la geografía.—Si la poblacion de América es

¹ Comptes-rendu de la seconde session. Luxembourg—1877. Tomo primero, página 100.

² Researches in prehistoric and protohistoric comparative philology, mythology, in connection with the origin of culture in America and the Accad of Sumerian families.

autóctona y aborígen, es necesario que la civilización sea también aborígen, ó que haya sido importada del Oriente por un pequeño número de aventureros, jefes de banda ó misioneros.»

Refuerza este reproche M. Allen en el discurso que sobre la antigua América pronunció en el congreso de Luxemburgo; dice:¹ «En el discurso inaugural que pronunció en Nancy el Sr. Torres Caicedo ha hecho la juiciosa observación, de que desde el principio de los estudios arqueológicos los investigadores se han dividido en dos grupos; el uno formado de los que creen que la civilización americana ha sido autóctona; el otro compuesto de los que tienen á esta civilización por extranjera ó importada.—Movidos por sentimientos patrióticos perfectamente justificados, la mayor parte de los arqueólogos americanos han adoptado la primera opinión, mientras que en su mayoría los arqueólogos europeos sostienen la segunda.»

Veamos ántes de contestar esta crítica, las consecuencias sacadas por los dos escritores que he citado. El autor de la Revista de Edimburgo,² fundándose en los cálculos de M. Brookes, de que desde 1782 cuarenta y una barcas japonesas han venido á encallar en las costas americanas, y veinte y ocho de estos naufragios han tenido lugar posteriormente al año de 1850, opina porque los americanos son de extracción asiática. M. Allen agrega sobre este punto:³ «En su muy interesante y muy sabia obrita, el Dr. Hyde Clarke da á conocer los resultados á que ha llegado comparando con el mayor cuidado las lenguas de México, el Perú y de la América Central con las del país de Accad (Babilonia), la China y la Indo-China; lo que lo ha convencido de que las lenguas del Antiguo y del Nuevo Mundo presentan grandes afinidades. Especialmente los nombres de lugares de este último, ofrecen notables semejanzas con los del Antiguo que provienen de origen pelásgico.—Con anterioridad el Dr. Latham había llegado á esta conclusión: hay afinidades considerables entre las lenguas de la América Central y las de la Indo China.—En la sesión del Congreso internacional de orientistas, que tuvo lugar en Setiembre de 1876 en San Petersburgo, M. Schmidt de Gevelsburg leyó una Memoria que tenía por objeto asignar á la civilización egipcia la Mesopotamia como lugar de origen; y noté cuán fuertemente interesó á su auditorio llamando la atención sobre las notables analogías que existen entre las lenguas de las tribus americanas y las del Armeno-Cáucaso. Según él, estas analogías son muy íntimas, muy numerosas y muy características, para que puedan explicarse por la hipótesis de una semejanza accidental.—El Dr. Hyde Clarke considera el egipcio, el chino, el tibetano, las lenguas dravidianas, el acadio y el pegnan, como estrechamente ligados á las lenguas de México y del Perú, y asigna á todos estos idiomas un centro comun en la Alta Asia, cuna primitiva de la humanidad. A esta lengua original y al pueblo que la ha hablado, les da el nombre de *Sumerio*, ya indicado por M. Oppert, por ser el que los acadios ó gentes del país de Accad, se daban á sí mismos en los monumentos: *Sumar* ó *Sumiri*.—M. Hyde Clarke divide á los sumerianos en dos grupos que emigraron de un centro comun, comprendiendo el primero á los acadios, los mons, los cambodgienes, los aymaras, los mayas (y los toltecas?), y el segundo á los georgianos, los etruscos, los sianeses, los quichúas y los aztecas.»

¹ La tres-ancienne Amérique.—Congrès des Américanistes, tom. 1.º, pág. 80.

² Octubre de 1876.

³ Op. cit., pág. 84.

Continuemos viendo el desarrollo de este sistema. Adelante agrega M. Allen:¹ « Siendo probable que los antiguos americanos constructores de monumentos, pertenecen á la familia turaniana, falta determinar si corresponden á la rama del Norte ó á la del Sur.— M. Max Müller comprende en la primera á los mongoles, los tártaros y los finianos, y en la segunda á los taicos, los malayos, los tibetianos y los tamules.—Muchas consideraciones extrañas á la filología vienen en apoyo de la teoría, segun la cual los americanos civilizados pertenecen á la rama meridional. 1.º Parece difícil admitir que emigrantes todavía completamente bárbaros, hayan conseguido abrirse paso por la region ártica, cuando tenían delante de ellos tribus salvajes y feroces. 2.º El éxodo hácia la América por el archipiélago polinesio, parece más fácil y más natural para las poblaciones más densas del Asia, que la larga vuelta por las regiones inhospitalarias del Norte. 3.º Los peruanos y los toltecas parece que conservaban el recuerdo de que llegaron por mar; y sobre todo, no conservaban memoria de los hielos del Norte. Sin embargo, los quichés (emigrantes que probablemente vinieron del Norte en compañía de los aztecas) tenían el recuerdo distinto de fenómenos polares, y los aztecas tenían cartas en las cuales habían figurado su llegada á América por la vía del estrecho de Behring.²

Ahora bien, falta explicar cómo vinieron los endasiáticos, y de esto se encarga M. Allen en las siguientes líneas:³ «No es indiferente hacer constar que las islas Sandwich y la isla de Pascuas (igualmente célebres por las antigüedades ciclópeas que en ellas se han encontrado), son no solamente los dos puntos de la Polinesia más cercanos á la América del Norte y á la del Sur, sino que están exactamente situados en las latitudes de México y de Cuzco, los dos centros de la civilizacion americana primitiva. Aunque el grupo de las islas Sandwich dista solamente 200 millas del continente norteamericano, no hay duda de que sus habitantes son originarios de la isla Taití, con la cual conservan relaciones regularizadas. En cuanto á la poblacion de la isla de Pascuas, es como la de las islas de la Sociedad, de raza malayo-polinesa.—Pickering nos enseña, además, que las embarcaciones de los habitantes de las islas Tonga y de las islas de la Sociedad eran muy veleras, y que con anterioridad á la impulsión dada á la marina de la Europa civilizada por la gran empresa de Colon, los polinesios emprendían frecuentes travesías casi tan largas como las de los europeos, exponiéndose á los mismos peligros en barcos de construccion mucho más imperfecta.—Sir Charles Dilke ha probado que las corrientes y los vientos que dominan en esta parte del Océano Pacífico, arrojarían á la costa Sudamericana, en direccion de Quito, á una canoa desprendida de la ribera de la isla de Pascuas; é igualmente se ha probado la existencia de una corriente que se dirige de California á la América Central, de tal suerte, que en San Francisco se considera á México en la ruta de Manila. Ahora bien, es de notar que la tradicion hace venir á los toltecas de California, y que ellos mismos habían conservado el recuerdo de un desembarque hecho por sus antepasados en la costa occidental de México, cuando llegaron por mar al Continente americano.»

Establecida la manera de emigracion en este sistema, veamos ahora la época que se le da. Agrega M. Allen:⁴ «Ya no hay duda posible despues de que el Dr. Hyde Clarke

1 *Loc. cit.*, pág. 88.

2 M. Allen cita en apoyo de este absurdo de interpretacion jeroglífica, al abate Brasseur de Bourbourg.

3 *Op. cit.*, página 90.

4 *Loc. cit.*, página 92.

ha descubierto, con una laboriosa comparacion de las lenguas americanas y de las del Antiguo Mundo, que las afinidades más estrechas ligan á los idiomas de la Indo-China (especialmente el mon del Pegú) con el aymara y el maya. Considera el nombre de *aymara* como pudiendo ser equivalente de *Kemer* ó *Khmer*, nombre de los cambodgianos, y de *Sumer*, nombre del pueblo de Accad. En fin, no duda en afirmar el origen turaniano de las razas americanas civilizadas.—Respecto de la época en que haya tenido lugar la inmigracion turaniana, parece que se ha llegado á un acuerdo entre las diferentes autoridades. Sea que se tengan á las razas americanas civilizadas por autóctonas ó por emigradas, siempre es lo cierto que el desarrollo de una forma particular é idiosincrásica de civilizacion, supone el transcurso de un tiempo considerable.—F opinion del autor de la Revista de Edimburgo, es necesario admitir, para explicar las divergencias lingüísticas comprobadas, que la América ha sido habitada muy antiguamente. Agrega que el contacto del Asia con la América ha debido tener lugar en el período de tiempo enormemente lejano del progreso de la humanidad, que se caracteriza por el empleo del bronce, al mismo tiempo que por la ignorancia del uso del fierro. Los emigrantes no deben haber abandonado el Asia posteriormente á la edad del bronce. La identidad manifiesta de las hachas de piedra pulida encontradas en los dos mundos, hace presumir que la emigracion principal tuvo efecto en un momento en que el Asia no había pasado del período neolítico.—Debemos esperar que la lingüística nos ayudará á resolver estos interesantes y difíciles problemas; pero desgraciadamente ningun lingüista ha emprendido el reunir y comparar entre sí los dialectos americanos, de una manera bastante completa para que sea posible utilizarlos en estas investigaciones. Podemos decir otro tanto, con la misma justicia, del estado de nuestros conocimientos respecto á los dialectos no-arianos del Asia.»

De aquí saca el referido autor de la Revista de Edimburgo,¹ las siguientes conclusiones:

«1ª Los americanos, con excepcion de los esquimales, son de raza mongólica; y han habitado el Nuevo Mundo durante un tiempo bastante largo para desarrollar en él muchas lenguas, así como una civilizacion particular.

«2ª Por intervalos nuevas bandas de emigrantes han venido de Asia, probablemente por mar, trayendo el conocimiento de las artes y de las ciencias que constituían la civilizacion de los pueblos de esta parte del Mundo.

«3ª No hay ninguna prueba de que las tres civilizaciones, de México, de la América Central y del Perú, hayan estado en contacto con la civilizacion del Antiguo Mundo posteriormente á la edad del bronce.

«4ª La corriente de migraciones se ha dirigido generalmente de Asia á América; y la marcha de las tribus en esta parte del Mundo, se ha efectuado las más veces de Norte á Sur.»

Finalmente, dice el mismo escritor, hablando de esas tres civilizaciones americanas:² «En suma, me inclino á creer que las tres grandes civilizaciones se han formado independientemente unas de otras, ó que si su punto de partida ha sido comun, se encuentra á tal distancia en lo pasado, que prácticamente podemos considerarlas como habiendo sido distintas desde su origen.»

¹ Octubre de 1876, pág. 288.

² Op. cit., página 317.

Bastarían los párrafos citados para conocer el nuevo sistema europeo sobre las emigraciones á América; pero á mayor abundamiento, veámos aún la opinion del Dr. Hyde Clarke, que parece gozar de gran boga. «M. Park Harrison, dice,¹ sostiene enérgicamente que la civilizacion ha debido pasar del Viejo Mundo al Perú por la isla de Pascuas; y ha tratado esta cuestion ante el Instituto Antropológico y la Asociacion Británica. El fenómeno de la distribucion de las poblaciones en la América del Sur, tal como se ha descrito aquí, favoriza esta idea. Sin embargo, atendiendo á las condiciones geográficas, es probable que los emigrantes hayan tomado dos rutas, pasando una por las corrientes y las islas del Norte, y la otra por las corrientes y las islas del Sur. Así se explicarían las posiciones tomadas por las diversas poblaciones del continente Sudamericano.»

«Á su partida de la India, agrega,² los emigrantes se han dirigido probablemente á la Indo-China, de donde llegaron á América por Australásia.—Se puede inferir que las primeras migraciones (las de las razas caribes) pasaron por el estrecho de Behring, y que las últimas (las de los sumerianos) pasaron por el Pacífico y la isla de Pascuas.»

Respecto de la cronología de las inmigraciones, agrega el mismo autor:³ «Há tres mil años que la raza sumeriana chocó en Asia con la raza semítica que debía quedar victoriosa. Setecientos años más tarde la lucha fué con la raza ariana. Aunque los sumerianos hayan sido atacados por los semitas desde hace tres mil años, hace cuatrocientos solamente que los españoles los sometieron, y actualmente son aún los señores de la Indo-China. La cuestion es por lo tanto, no el saber cuánto tiempo se ha cultivado su lengua, sino qué duracion ha exigido su desarrollo.—Si el establecimiento de los sumerianos en Babilonia remonta á cuatro mil años, su establecimiento en la India sería de la misma época, bajo el concepto de que las dos emigraciones hayan tenido el mismo punto de partida en la Alta-Asia; lo que parece indicar la division en sumeriano oriental y sumeriano occidental, por lo que hace á los pronombres y otras partes de la oracion.—Poco despues ha debido tener lugar la ocupacion de la Indo-China; y en seguida la de Java y las islas.—En fin, es muy posible que la migracion haya llegado al Perú hace tres y aun cuatro ó cinco mil años. Notemos con este motivo, que la ocupacion de la Australásia por los malayos, ha debido producir el efecto de cortar á los sumerianos toda comunicacion con América. Ahora bien, esto tiene su importancia; porque si los sumerianos hubieran podido comunicarse con el Nuevo Mundo posteriormente al empleo de navíos de alto porte por los fenicios, los chinos, los griegos, los romanos y los árabes, se habrían trasportado bestias y caballos del otro lado del Pacífico, y por consiguiente la civilizacion americana se habria desarrollado en otras condiciones. Por otra parte, si las relaciones de la América del Sur y la Indo-China hubieran sido recientes, los navegantes árabes habrían tenido conocimiento de ellas.»

M. Allen agrega:⁴ «En otro pasaje demuestra hábilmente el Dr. Hyde Clarke, que se puede seguir á través de toda la Historia, la nocion inerte é inconsciente de un contrapeso del Antiguo Mundo, situado en las regiones occidentales. Por ejemplo, el titulo de rey de cuatro razas, de cuatro mundos ó de cuatro regiones, era comun á Babilonia, al

1 Reaserches, página 41.

2 Ibid., página 19.

3 Ibid., páginas 19 y 20.

4 Op. cit., página 96.

Perú y á Roma. El *Timeo* de Platon, Crates de Pérgamo (160 años ántes de J.-C.), Virgilio y la Escuela de Pérgamo, hablan de cuatro mundos y de continentes perdidos.»

El Dr. Hyde Clarke dice aún:¹ «Es posible que el haberse constituido en China un gran poder político, haya turbado las relaciones de la India con América, así como trastornó la geografía de los reinos del Asia meridional.—El conjunto del fenómeno humano en América, tomando en consideracion lo que en Europa y Asia ha pasado, da idea de una civilizacion detenida en su desarrollo, no por el clima como en África; pero sin embargo bastante avanzada para comprender los dos períodos de los grandes monumentos construidos con piedra y de los palacios con inscripciones; épocas que corresponden á la primera religion espiritualista, la del culto de la luz, y que nos hacen retroceder á miles de años; pues vemos por una parte, que hoy los adoradores del fuego se han reducido á un pequeño número de parsis que habitan la ciudad de Bombay; y que por otra parte, las cuatro grandes religiones del judaismo, el cristianismo, el islamismo y el budismo, han tenido tiempo de conquistar el hemisferio oriental, miéntras que ántes de la conquista española, los americanos no habian oído hablar de esas revelaciones. . . .—Otra prueba de esta detencion de desarrollo, podemos encontrarla en la lingüística: no hay en América lengua que haya alcanzado el grado superior. En cuanto al antiguo acaad, quedó estacionario; todo se detuvo en este Continente: y esto es precisamente lo que da la falsa impresion de que había una gramática americana *sui generis*.»

Hé aquí reunido el sistema europeo moderno sobre el origen de nuestra antigua civilizacion. Desde los primeros cronistas, preocupados por el relato bíblico, hasta los historiadores modernos, ya por ser consecuentes al monogenismo, ya por no querer que en América haya nada original sino que todo nos ha debido venir de su Viejo Mundo, todos niegan del otro lado del Atlántico que tuvieran nuestras razas una civilizacion autóctona y una lengua *sui generis*. Nos acusan de vanidad, y la vanidad está de su parte. Nosotros defendemos lo que está á nuestra vista, lo que nos dicen mil monumentos y cien lenguas distintas, lo que nos ha trasmitido la leyenda y con ella la historia, y lo que nos revelan la teogonía, la aritmética, la sintáxis y el calendario. Sabios notables, y no se los negamos, quieren decidir nuestras cuestiones sin conocimiento de los datos. No saben el español en que están escritas nuestras crónicas y nuestros manuscritos; no conocen ni el nahoa ni el maya, ni siquiera la multitud de gramáticas y vocabularios de todas nuestras lenguas, obra colosal de los primeros frailes; y desconocen por completo la lectura de los jeroglíficos y de las inscripciones de nuestros monumentos, páginas inmortales de esa civilizacion que dan por prestada y que por completo ignoran.² Léjos de mí el no

1 Op. cit., páginas. 61 y 59.

2 Como ejemplo de lo que en esta materia pasa, citaré el viaje del Sr. Charnay, que sin embargo considero muy útil. Hábil fotógrafo, y trayendo un buen procedimiento para sacar en papel moldes de los relieves ó ídolos, vino comisionado para hacer un estudio arqueológico de nuestro país, por el rico Sr. Lorillard y creo por el Gobierno francés. Si su mision se hubiera reducido á sacar fotografias y moldes, habria llenado perfectamente su cometido. Pero no tenia conocimientos para mayor objeto. Así, no conocía la crónica de Cogolludo ¡é iba á ocuparse de las ruinas de Yucatan! Preciso fué que el Sr. Orozco le facilitase su ejemplar. Había no obstante con el Sr. Charnay la ventaja, de que consultaba lo que debía hacer, y á lo ménos aquí, no se hinchaba con nécia vanidad. Le aconsejé, pues, que hiciera su primera expedicion á Tula, y ahí encontró antigüedades importantes, y descubrió en sus excavaciones una casa de la antigua ciudad. En ella encontró dos fragmentos, uno de porcelana y otro de vidrio; y por no tener el fondo de instruccion suficiente, creyó que habia descubierto que los tolteca conocian el vidrio y la porcelana, puesto que ningun autor había dicho que los usaran nuestros antiguos indios. Trabajo me costó convencerlo de que esos fragmentos pertenecian á la época colonial, pues Tula había continuado habitada despues de la conquista de los



BIBLIOTECA NACIONAL DEL
Instituto Nacional de Antropología e Historia
CIUDAD DE MEXICO

agradecerles sus trabajos y afán por los estudios americanos; pero la verdad es que nuestra historia antigua se va trastornando y toma un carácter falso. Léjos de mí el no agradecer á esos sabios el empeño que toman en el estudio de nuestras cosas y su afán por popularizarlas; pero no se nos puede negar el derecho de defender lo que yo llamaría la autonomía de nuestra historia. Bajo este aspecto, y solamente bajo éste, me atreveré á combatir las anteriores opiniones, que pugnan con nuestro criterio histórico, con las relaciones de nuestras crónicas, y con lo que nos revelan las tradiciones, las lenguas, las ciencias y los mitos de nuestras antiguas razas, y sus jeroglíficos y monumentos.

Las bases de este nuevo sistema europeo son las siguientes: 1ª no solamente las razas antiguas de América son emigrantes del Viejo Mundo, sino que la civilización americana es importada; 2ª es probable que la raza emigrante sea la *sumeriana*; 3ª la época de la emigración fué la neolítica; 4ª cortadas desde entónces las comunicaciones, no se desarrolló la lengua de Accad, y por eso parece que hay una gramática especial americana; 5ª la emigración tuvo lugar siguiendo las corrientes del Pacífico que van de las islas Sandwich y de Pascuas á las costas de México y del Perú; 6ª se confirma esto con las tradiciones de los toltecas de que sus antepasados llegaron por mar; 7ª no tenían recuerdo de los hielos del Norte; y 8ª no hay ninguna lengua americana que sea perfecta.

El primer error es considerar á los pueblos americanos como de una sola raza, y sus lenguas como de un origen comun. Ya hemos visto que es indudable la anterior existencia de la raza negra, y encontramos en todo el Continente razas monosilábicas y razas aglutinantes. En nuestro mismo territorio se puede decir, que la mitad de las lenguas eran, y aún existen vivas casi todas, monosilábicas y la otra mitad aglutinantes. Y como lenguas de caracteres opuestos no pueden tener un mismo origen, es absurdo decir que son ramas de la lengua de Accad ó sumeriana. Únicamente la completa ignorancia de nuestras lenguas ha podido hacer semejantes á la maya monosilábica y á la tolteca, diferenciando á ésta de la azteca; pues hay que advertir que no hay lengua tolteca ni azteca; los toltecas y los aztecas hablaban la misma lengua, el *náhuatl* comunmente llamado mexicano, que es aglutinante, y por lo tanto no puede confundirse con el maya. Por lo

españoles. Empeñábase en que la ciudad había sido completamente abandonada cuando la destrucción del reino tolteca, es decir, en el año de 1116; y verdaderamente no vino á convencerse, hasta que en una segunda expedición encontró en una de las paredes del patio de aquella casa, una argolla de fierro de las que se usan para amarrar los caballos. Fué entónces natural, que sin conocimientos profundos, cayera el Sr. Charnay en la idea contraria; tanto más, que al ir á su exploración de Teotihuacan, para evitarle nuevos errores, le había yo enseñado un MS. de mi colección, en que consta el nombramiento de autoridades de aquel pueblo ya en la época del Gobierno español; lo que es prueba evidente de que habían seguido habitándolo. Fué despues el Sr. Charnay á excavar unos antiguos cementerios chichimecas que se encuentran en lo alto de la falda del Ixtacihuatl, arriba de Amecameca; y ya con la idea de que todo había seguido habitado, la extendió á la mansión de los muertos, y creyó encontrar allí una estatuita de un fraile con su capucha y su cruz, que no era otra cosa que un guerrero con el hacha rota, y por tocado la cabeza de águila de los *cuauhlli*. Convencióse de ello porque es dócil, estudioso y tiene empeño en aprender. Así es que sus laboriosas investigaciones, si en él han producido errores, no se perderán ni serán inútiles para la ciencia. Pero ya poseído de la nueva idea, despues que visitó el Palenque, Comalcalco y las ruinas de la península yucateca, vino afirmando que todas las antiguas ciudades estaban habitadas en la época de la Conquista, que todas son modernas y que no tienen la antigüedad que hasta ahora se les había atribuido. Parece que sobre esto ha escrito varios artículos en periódicos de Europa, los que no he leído. Aquí se ve el defecto de no conocer á fondo las fuentes de nuestra historia, pues se va de un error al otro extremo. Tan absurdo es decir que ninguna ciudad antigua continuó habitada, como afirmar que todas lo continuaron. Además, tratándose de civilizaciones que no fueron sincrónicas, no es posible sostener que sus ciudades todas son modernas; y es necesario conocer á fondo la historia, para ir asignando á cada monumento su época precisa, haciendo constar su habitación ó ruina por la existencia ó desaparición de la raza respectiva.

mismo que maya y náhuatl son opuestas, la una monosilábica y la otra aglutinante, no pueden tener como comun origen la lengua de Accad, aún suponiendo que hubiesen quedado imperfectas. Pero es un nuevo error decir que todas nuestras lenguas eran imperfectas y bárbaras. No hablaremos más que de la lengua mexicana, deleitosa y rica en extremo; y para que no se nos crea bajo nuestra palabra, citaremos la opinion respetabilísima de Clavigero.¹ «A pesar de la falta de dichas seis consonantes (B, D, F, G, R y S), dice, hablando del mexicano, es una lengua copiosísima, bastante pulida y sumamente expresiva; así es que ha sido singularmente apreciada, y elogiada de todos los europeos que la han estudiado, al grado de que muchos la estiman superior á la latina y aún á la griega². . . . De la abundancia de la lengua mexicana, tenemos un buen argumento en la Historia Natural del Doctor Hernández, pues describiéndose en ella mil doscientas plantas del país de Anahuac, más de doscientas especies de aves, y un gran número de cuadrúpedos, reptiles, insectos y minerales, apénas si se encuentra alguno que no tenga su nombre propio. Pero no es maravilla que abunde en voces que significan objetos materiales, cuando no le falta casi ninguna de las que se necesitan para expresar las cosas espirituales. Los más altos misterios de nuestra Religion se encuentran bien explicados en mexicano, sin que sea necesario servirse de voces extranjeras. . . . Daremos las voces numerales de la misma lengua, con las que podían contar los mexicanos por lo ménos hasta cuarenta millones. . . . Faltan á la lengua mexicana, como á la hebreaica y á la francesa, los nombres superlativos; y como á la hebreaica y á la mayor parte de las lenguas vivas de Europa, los nombres comparativos. . . . Abunda más que el alemán, en diminutivos y aumentativos; y más que el inglés y toda otra lengua conocida, en nombres verbales y abstractos. . . . Tienen los mexicanos, como los griegos y otras naciones, la ventaja de componer una palabra de dos, tres ó cuatro simples. . . . Se valen de tal composicion para dar en una palabra la definicion ó descripcion de cualquier cosa. . . . Finalmente, todos los que conocen esta lengua, y ven su abundancia, su regularidad y sus bellísimas expresiones, son de parecer que un tal idioma no puede haber sido el de un pueblo bárbaro.»

En efecto, yo de mí sé decir, que encuentro el *náhuatl* lengua perfectísima entre las aglutinantes; y acaso la más perfecta de ellas, pues llega á la semiflexion.³ Lenguas también muy importantes y adelantadas, como el tarasco que era propio del reino de Michuacán, y el maya de la península yucateca.⁴ Y no ménos perfecta fué el quichúa de los peruanos, que hizo escribir al sabio alemán Tschudi, las siguientes palabras⁵ que vienen de propósito á la cuestion que tratamos: «El soberbio desden de los pueblos civilizados, bárbaras llama todas las lenguas que, habladas por naciones de cultura inferior, carecen de literatura y caracteres originales. Así han sido juzgadas las lenguas americanas, todas las cuales, como luégo veremos, fueron incluidas en la misma categoría. Aunque está reconocido generalmente que los imperios de México y Perú sobrepujaban en poder y civilizacion á las demás naciones del Nuevo-Mundo, no obstante, en nuestro concepto se ha procedido sin justicia para con estas naciones, y la apatía orgullosa de los Europeos ha sido causa de que el orbe científico y literario quede privado de mu-

¹ Historia, edicion original italiana, tomo 2.º, página 171.

² Entre los admiradores de la lengua mexicana hay algunos franceses y flamencos, y muchos alemanes, italianos y españoles (Nota de Clavigero).

³ Pimentel. Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México. Tomo 1.º

⁴ Orozco. Geografía de las lenguas. Páginas 18 y 265.

⁵ Antigüedades peruanas. Página 86.

chos tesoros que hubieran resultado del estudio de esos manantiales destruidos hoy día, mas, cuyos productos, emitidos, en otros siglos, apenas el polvo encubre.» Y á la verdad, que no tendría el Dr. Hyde Clarke por lengua imperfecta á la mexicana, si se hubiese dado á leer las admirables oraciones que nos conservó Sahagun,¹ y que pudieran ponerse en parangon con el libro de Job y con los Salmos de David; ó las elocuentes arengas que reprodujo Duran,² y que no van en zaga en imágenes, grandiosidad y sencillez á las de los héroes de Homero.

Por lo demás, las ideas filológicas del Dr. Hyde Clarke han sido combatidas victoriosamente en el mismo Congreso de Luxemburgo.³ M. Adam resume su crítica en las siguientes frases que no se deben poner en olvido jamás cuando de estas materias haya de tratarse. «Y ahora, señores, que he cumplido lo mejor posible el cargo de relator, séame permitido decir claramente lo que pienso de este sistema etnológico-lingüista y del método seguido por su autor (el Dr. Hyde Clarke).—Durante siglos los lingüistas, ó más bien los etimologistas, se han dedicado exclusivamente á buscar la lengua primitiva. Su método ha consistido en extraer de los vocabularios de todas las lenguas, conocidas ó desconocidas para ellos, el mayor número posible de palabras que presentaran una cierta semejanza exterior. Pero á menudo el número de palabras colegidas era insuficiente; y hé aquí entónces cómo procedían los etimologistas. Desde luégo declaraban indiferentes todas las vocales y susceptibles de permutarse. Despues dividian las consonantes en cuatro ó cinco clases, y establecían como reglas absolutas: 1.º, que las consonantes de una misma clase permutaban las unas con las otras, y que «este cambio más ó ménos multiplicado era lo que constituía la diferencia de todas las lenguas del Universo»;⁴ 2.º, «que el cambio de dos consonantes que no parecían ser del mismo órgano se produce frecuentemente».⁵ Ya se comprenderá por qué Voltaire dijo de la etimología de su tiempo: «Es una ciencia en la cual las vocales no tienen ninguna importancia, y tampoco la tienen las consonantes.» No se tenía en cuenta para nada, ni la fonética, ni la morfología, en una palabra, ni la gramática que es el alma de las lenguas: los vocabularios eran suficientes para todo.—Tengo la pena de decir que M. Hyde Clarke pertenece aún á esta escuela, y que todavía despues de que ha sido creada la ciencia del lenguaje por Gyarmathi, Bopp, Burnouff, Chavée y Schleicher, sigue los errores de Court de Gébelin. Todo su sistema, en la parte lingüística, está exclusivamente basado en identificaciones, de las que unas no están justificadas científicamente y otras son monstruosas.—M. Hyde Clarke ha querido abrazar en el círculo de sus estudios la lengua de Accad, las de la Indo China, las lenguas semíticas, las aryas, la mayor parte de las lenguas de Africa, una parte de las de la Oceanía, y la generalidad de las lenguas americanas! Pero hoy por hoy, las cuatro quintas partes de estos idiomas y de estas familias son aún otras tantas *terra incognita*, en que apenas comienzan los primeros trabajos; y hará ya mucho tiempo que el siglo XIX pertenezca á la historia, cuando el estado de adelanto de los estudios lingüísticos especiales permita abordar con alguna esperanza de éxito, el formidable problema que ha querido resolver prematuramente el honorable vicepresidente del Instituto antropológico.»

1 Historia, tom. 2.º

2 Historia, *passim*.

3 Tom. 1.º, págs. 156 á 168.

4 Bergier, *Eléments primitifs des Langues*, p. 56.

5 *Ibid.*, p. 57.

Pero no es solamente en materia tan importante, como lo es la relativa al lenguaje, en la que el nuevo sistema incurre en equivocaciones lamentables; por no conocer y no estudiar nuestra historia, en los mismos hechos y tradiciones caen en errores indisculpables, los que queriendo inventar nuevos sistemas, acaso ni conocimiento tienen de los preciosos materiales históricos que poseemos. Así dicen tranquilamente, que los toltecas conservaban el recuerdo de que sus antepasados habían venido por mar. No es verdad; no consignaron tal recuerdo, ni en tradiciones, ni en pinturas. Agregan, que no tenían recuerdo de las nieves de países más setentrionales: tampoco es verdad, recordaban aún la época glacial, y dejaron consignado ese recuerdo en el jeroglífico del *Ehecatonatiuh*.¹ Dicen además, que los aztecas representaban en sus pinturas su llegada en barcas por el Océano. Parece increíble que se sostenga todavía tal aberración, después de las interpretaciones de esos jeroglíficos, que se han publicado y son ya bien conocidas.² Vienen á coincidir los nuevos escritores en el error de los antiguos, que querían aplicar esas pinturas, en su afán de concordarlas con la Biblia, al diluvio universal y á la confusión de las lenguas en la torre de Babel. Pero ya se ha demostrado, que el uno³ se refiere á la estancia de los mexica cerca de Culhuacan en los lagos de nuestro valle, y que el otro⁴ hace relación á la salida de Aztlan, de donde parten en barcas, pues aquel lugar estaba en una isla, no más allá de los mares, ni tan lejos como la llanura de Seenar; sino en la laguna que hoy se llama de S. Pedro ó Mexitlicácan, en los límites de los actuales Estados de Jalisco y Sinaloa.⁵

Y no es error de ménos cuantía suponer que no hubo ningunas relaciones entre las tres civilizaciones, del Norte, del Centro y del Sur; pues ya hemos visto que por largos siglos las hubo entre las dos primeras, y que varias veces meca y nahoa invadieron la península yucateca; y en cuanto á la del Sur, creo que hubo más relaciones que las que hasta ahora se han creído.

Pero esto no quiere decir que nosotros neguemos las emigraciones: hemos comenzado por aceptarlas al tratar de la Atlántida:⁶ creemos que con posterioridad hubo algunas comunicaciones aisladas, y aún hemos hablado de Vuotan como un Budha probable; pero no se nos negará que, ya porque la civilización de América tomase su primer aliento de los pueblos autóctonos de este suelo, ya porque la separación de ambos Mundos, desde la época neolítica, tuviera muchos siglos de antigüedad; es lo cierto, que aquí se formó una civilización también autóctona, sin relaciones ningunas con las otras conocidas, si no es en aquello en que la humanidad tiene siempre que coincidir; con su cosmogonía y teogonía propias, con una gramática suya de lenguas ricas, armoniosas y adelantadas, con aritmética y escritura jeroglífica propias, y con un calendario, ya no sólo enteramente distinto del de los pueblos del Viejo Mundo, sino tan perfecto que, después de haber servido para formar la corrección gregoriana, sobrepuja todavía al que usan hoy los pueblos civilizados.

1 Códice Vaticano en Kingsborough.

2 La del Sr. Ramírez en el Atlas del Sr. García Cubas, la del Sr. Orozco en su Historia, y la mía en el Apéndice al P. Duran.

3 Número 1 del Atlas del Sr. García Cubas.

4 Número 2 del mismo Atlas.

5 Véase mi Apéndice al P. Duran, pág. 96.

6 Páginas 39 y siguientes.

(Continuará.)